

El espíritu del servicio

Edward Laurence BEVIR

biblicom.org

El servicio a Dios en este mundo siempre ha estado acompañado de dificultades y oposición.

En los tiempos del Antiguo Testamento, los siervos enviados a la viña del Señor regresaban todos decepcionados, golpeados o apedreados; algunos nunca regresaron, fueron asesinados por aquellos de quienes buscaban producir fruto para Jehová.

Los siervos del Nuevo Testamento, que principalmente llevaban el Evangelio de la gloria de Dios primero a los judíos y luego a los gentiles, no solo tuvieron que sufrir la cruel oposición del mundo –azotes, piedras y ataduras– sino que al final de su carrera también tuvieron que lamentar el abandono y el descuido de la mayor parte de aquellos que habían recibido la verdad por parte de ellos.

Esto bastaría para disuadir incluso a un hombre activo y celoso de seguir ese camino; recuerdo bien las palabras de un anciano siervo del Señor a alguien que se sentía desanimado por la ingratitud de aquellos a quienes había tratado de servir: “El cristianismo no se manifiesta buscando nada en la tierra, ni siquiera la gratitud de los cristianos, sino trayendo a la tierra el poder de otro universo”.

El espíritu del servicio en el cristianismo es *el amor*, el amor que está dispuesto a gastarse por los demás (como vemos en el ejemplo del apóstol citado anteriormente), sin esperar recompensa, incluso estando dispuesto a amar a los corintios tanto más cuanto menos le amaban (2 Cor. 12:15).

Debió de ser muy duro seguir sirviendo a los corintios. Es cierto que hay cierto gozo en trabajar para aquellos que muestran un poco de gratitud e interés a cambio del servicio; pero ¿cuán difícil debió de ser para el corazón del apóstol consagrado de solo recibir maldad e ingratitud de aquellos por quienes había sufrido y trabajado tanto? Si, en las cosas de la vida, es mucho más doloroso tener un hijo ingrato que sentir el mordisco de una serpiente, ¿qué decir de las cosas espirituales, en las que se desprecian el cuidado y el servicio activos, fruto de un verdadero afecto cristiano?

La motivación y la razón para seguir sirviendo así a los ingratos se encuentran en el amor mismo, y no en sus objetos. Es precisamente el carácter del amor, la naturaleza divina; no hay nada egoísta en él, y si el ojo es sencillo, el siervo más dotado se contentará con ser incomprendido y mal recompensado en el cumplimiento del servicio a la Iglesia de Dios.

Debemos fijarnos en la abnegación con la que el apóstol respondía a las necesidades de los más débiles; siendo libre de todo, se hacía siervo de todos para ganar a más: «Me hice débil a los débiles, para ganar a los débiles; todo me hice para con todos,

para de todos modos salvar a algunos» (1 Cor. 9:22).

El espíritu de servicio de Pablo era evidentemente el espíritu del amor; había en él una verdadera búsqueda del bien de los demás, incluso a costa de sí mismo, con la perseverancia propia del amor.

En 1 Corintios 13, el apóstol insiste en el amor. Los dones se encuentran en el capítulo 12, su uso en el capítulo 14, y el capítulo 13 se intercala entre ambos como preparación para su uso.

Para ilustrarlo de forma muy sencilla: tomemos una serie de herramientas de acero; antes de utilizarlas, deben ser templadas en el aceite. Los dones deben sumergirse en el *amor de Dios* para poder ser utilizados en la asamblea; ahora, pediría a mis lectores que leyeran 1 Corintios 13 antes de continuar con este artículo.

El cuidado asiduo, como el de una nodriza hacia sus hijos, la vigilancia y la oración, la advertencia a cada uno con lágrimas: todas estas cosas provienen del verdadero espíritu del servicio. Pablo nunca habría utilizado su superioridad intelectual para asustar a los débiles y a los pobres (aunque no dudo de que su ministerio espiritual y vigoroso a menudo asustó a los despreocupados), sino que se habría inclinado ante el santo más joven y menos interesado, del mismo modo que habría soportado al pagano más ignorante que mostrara la más mínima señal de búsqueda de Dios.

Pero tenemos una imagen del amor mucho más gloriosa y conmovedora que la que vimos en Pablo. Tenemos el amor perfecto de Dios manifestado en el servicio de Jesús mismo, y no debemos concluir estas breves observaciones sin volvernos hacia Aquel de quien se dice: «He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones. No gritará, ni alzará su voz, ni la hará oír en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare; por medio de la verdad traerá justicia» (Is. 42:1-3).

Sin duda, este servicio aún no se ha cumplido plenamente, pero quiero centrarme en el aspecto de la perseverancia en la abnegación en este camino en el que el Señor solo ha encontrado ingratitud por parte de los hombres en su solicitud por los más débiles. Esto es el amor divino.

«Jehová el Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado; despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios» [1] (Is. 50:4).

[1] Algunos prefieren leer aquí «como los instruidos» o «como los que aprenden».

Nunca comprenderemos perfectamente en esta tierra qué era y qué es ese amor que pudo descender de la gloria suprema hasta convertirse en este hombre dependiente, que aprendió la obediencia a través de los sufrimientos que padeció, para poder ayudar y servir a los cansados y agobiados. Pero es un privilegio y un favor para nosotros tener al Señor mismo como modelo del Siervo perfecto.

«Yo estoy entre vosotros como el que sirve» (Lucas 22:27), dijo en un momento en que todos los sufrimientos de la cruz estaban ante él y había pocas respuestas por parte de aquellos que eran objeto de su cuidado. Si realmente queremos cumplir nuestra misión, debemos estar cerca de Aquel cuya bendita vida en la tierra fue consagrada al servicio perfecto de Dios y de los hombres, que nunca buscó nada para sí mismo, sino siempre el bien de los demás.

Recuerdo que se decía de alguien que había pasado su vida al servicio de la Iglesia de Dios que había trabajado “oculto del mundo”, es decir, no como un eminente profesor de renombre, sino más bien permaneciendo en segundo plano y buscando el bien de las almas. Creo que el verdadero amor produce eso.

Esto podría constituir una especie de continuación de la cuestión del uso de los dones en nuestra época; pues, una vez establecidos el don y la responsabilidad de utilizarlo, creo que el verdadero espíritu del servicio debe verse en todo siervo. Es evidente en el amor perseverante del Siervo perfecto, que es él mismo el recurso, el objeto, el principio y el fin de toda obra verdadera.

Es interesante para aquellos que desean servir a la Iglesia de Dios, por la gracia de Dios, examinar todos los pasajes de las Escrituras donde aparecen las palabras «servir» y «siervo»; y creo que, por muchos que sean, todos se resumen en una sola palabra: *amor*. Me refiero, por supuesto, al verdadero servicio al Señor y a los suyos.

Por lo tanto, no hay que temer no estar a la altura. Las dificultades desaparecen ante el amor, las distancias se superan, los obstáculos se desvanecen. Si es cierto que vuestros recursos se encuentran en el Señor mismo, cualquiera que sea su don o su servicio, lo cumplirán con un corazón feliz con Él, sostenidos por él, en lo que de otro modo sería imposible. Sostenidos, diría yo, hasta el día en que sus siervos le sirvan en su propia esfera gloriosa; donde verán su rostro y llevarán su nombre en

la frente, porque el amor nunca fallará; no, nunca, a través de los infinitos siglos de la eternidad.

“Todo lo que era del Padre era del Hijo, y todo lo que era del Hijo era del Padre. ¡Qué vínculo entre el Padre, el Hijo y los discípulos! Perteneían al Padre, el Padre los había dado al Hijo, y era en ellos donde el Hijo debía ser glorificado”.